

COMENTARIOS

COLOMBIA ASESINA*

Eric J. Hobsbawm

Traducción de Magdalena Holguín

Lo poco que saben los extranjeros sobre Colombia, el tercer país de Latinoamérica y virtualmente el menos conocido, se refiere al tráfico de cocaína y a las novelas de García Márquez. García Márquez es ciertamente un guía maravilloso, pero sus libros no son una buena introducción a este extraordinario país. Sólo quienes han estado allí, saben cuánto se acerca la realidad colombiana a lo que se lee como fantasía. El tráfico de drogas, infortunadamente, también forma parte de esta realidad, aun cuando las autoridades colombianas se muestren reacias a discutir el tema. Debe admitirse también que su preocupación al respecto es mucho menor que la de sus contrapartes norteamericanas. Y esto, probablemente, debido a que la preocupación principal de los colombianos, autoridades o no, es la creciente ola de asesinatos.

Desde hace tiempo, el país ha sido famoso por su proclividad al homicidio. El excelente informe sobre derechos humanos, *American Watch* (Septiembre de 1986), señala que el homicidio fue la principal causa de muerte para los hombres entre los quince y los cuarenta y cuatro años, y ocupa el cuarto lugar como causa de mortalidad para todas las edades. La muerte violenta no es sólo una de las maneras posibles de terminar la vida en este país.

Es, para citar un soberbio y escalofriante ejercicio reciente de historia oral, "un personaje omnipresente".¹ Pero lo que temen los colombianos no es únicamente la muerte, sino ser arrastrados nuevamente hacia una de aquellas pandemias de violencia que

ocasionalmente azotan el país, especialmente la que se prolongó durante los veinte años comprendidos entre 1946 y 1966, conocida simplemente como La Violencia. Esta era sombría ha sido objeto recientemente de serios estudios por parte de un grupo de jóvenes historiadores locales, entre los cuales cabe destacar el estudio realizado por Carlos Ortíz sobre la región cafetera del Quindío, por mostrar lo que puede lograrse mediante la combinación de investigación de archivos, historia oral y conocimiento local. Entre los intentos sistemáticos de relacionar los años de la Violencia con el presente, deben mencionarse el libro editado o compilado por Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, así como el importante libro de Arturo Alape, *La paz, la violencia*.

El temor a una nueva escalada de asesinatos —la última dejó aproximadamente 200.000 muertos— es tanto político como social. (La cifra de 300.000 que aparece en el informe *American Watch* no está basada en datos comprobados, y es, muy seguramente, excesivamente alta). Colombia fue, durante la mayor parte de su historia, y sorprendentemente lo es aun en gran medida, una tierra de colonos pioneros ("El clásico colono con su hacha, su escopeta y su perro de cacería", para citar una descripción de la década de 1970).² El gobierno nacional y la legislatura realizan todavía incursiones ocasionales en gran parte del campo desde las ciudades, las cuales, a su vez, sólo vagamente dependen del control de la capital. Incluso la más antigua y poderosa institución nacional posee tan solo una organización esquelética: no hay más de dieciseis sacerdotes en la diócesis de Valledupar, diócesis que

cubre uno y medio de los veinte departamentos del país.³

Era, y todavía en gran parte lo es, una mezcla entre el Oeste salvaje, la urbanización latinoamericana del siglo XX, y la Inglaterra del siglo XVIII, en la cual una oligarquía constitucional de familias pudientes establecidas, divididas en dos partidos rivales (liberal y conservador), constituía el gobierno que hubiere. Colombia tuvo un sistema partidista nacional antes de tener un estado nacional. La cohesión de la oligarquía y su auténtica adhesión a una constitución electoral, ha garantizado que el país no haya sido víctima, prácticamente nunca, de las usuales dictaduras o juntas militares latinoamericanas; pero el precio ha sido baños de sangre endémicos y, a veces, epidémicos. Pues allí las armas no son el monopolio de nadie y, por razones que hasta ahora se escapan a los historiadores, el común de la gente, en algún momento del siglo XIX, adoptó los partidos liberal y conservador como formas rivales de religiones ancestrales. Nada puede ser más letal, como lo demuestra el libro de Alfredo Molano. La historia colombiana de los últimos sesenta años, es aquella de una sociedad cuya transformación ha sometido el orden social y político a enormes presiones y, en ocasiones, lo ha resquebrajado. Cómo continúa operando eficazmente en la actualidad, es un gran interrogante abierto. Inicialmente, la presión vino de abajo, cuando las masas rurales y urbanas se movilizaron para luchar contra la oligarquía, dirigidas por el extraordinario caudillo populista Jorge Eliécer Gaitán. Su asesinato, en una calle de Bogotá, en 1948, desencadenó, en el término de pocas horas, una insurrección espontánea en la capital, a la que

* *New York Review of Books*, Nov. 20 de 1986.

1. Alfredo Molano, *Los años del tropel*, p. 33.

2. Jaime Jaramillo, Leonidas Mora, Fernando Cubidas, *Colonización, coca y guerra*, p. 32-73.

3. Documentos Zona-Cinep: *La Colombia de Betancur*, año 4, No. 13 (Julio 1986).

se unió la policía, y se propagó, mediante la toma de poder, igualmente espontánea por parte de comités revolucionarios, a varias ciudades de provincia. Si Gaitán fue asesinado por la oligarquía, como lo supuso automáticamente la gente del pueblo, es imposible saberlo. Que tenían motivos para temer a este hombre, que había capturado el partido liberal y estaba próximo a ser presidente, es seguro. Después de todo, él solo, desencadenó la única revolución conocida de alcance nacional, por combustión espontánea.

Como lo dijo un asesino conservador, particularmente sediento de sangre, en la Violencia que siguió a su muerte: "Dígame lo que se quiera, Gaitán estaba por encima de los partidos... El era el pueblo... Sabíamos que el liberalismo no era Gaitán, pues él estaba en contra de la oligarquía".⁴

Lo que debió haber sido una revolución social terminó en la Violencia porque, quizás por última vez, el sistema oligárquico logró contener y controlar la insurrección social, convirtiéndola en una lucha partidista. Pero la batalla se salió de control, y se transformó en una avalancha de sangre, porque la lucha armada entre liberales y conservadores llevaba entonces una carga adicional de odio social y de miedo: el miedo de los oligarcas conservadores de que su partido estuviese en permanente minoría frente a un partido liberal que parecía haber conquistado las masas recientemente sublevadas; y el odio de los pobres del otro bando, no sólo como adversarios tradicionales, sino como opresores de los pobres, o como personas capaces de haber logrado conseguir una mejor situación económica.

La fase más sangrienta del conflicto (entre 1948 y 1953), reconcilió brevemente al orden establecido con una de las pocas dictaduras militares colombianas, bajo el General Rojas Pinilla, entre 1953 y 1957. Sin embargo, después de su caída, amenazada por la pérdida de control, tanto del ejército como de la revolución social, la oligarquía decidió cerrar filas. Durante el Frente Nacional —que de hecho sólo terminó en 1986—, los partidos suspendieron su lucha, se turnaron la ocupación de la presidencia, y compartieron

los cargos equitativamente. La Violencia terminó en un bandolerismo politizado, más o menos liquidado hacia la mitad de la década de 1960, fase analizada con mucha claridad en el libro de Gonzalo Sánchez y Donny Meerten, *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Durante algún tiempo, parecía que el estado moderno llegaría realmente a Colombia.

De hecho, el ritmo y el ímpetu del cambio social resultó, otra vez, excesivo para el sistema social, especialmente para un sistema fosilizado por una clase dirigente cuyo sentido de la urgencia de las reformas sociales había sido atrofiado por una larga trayectoria de eliminación y expulsión de los elementos indeseables para el sistema. En los veinticinco años que siguieron a 1950, Colombia pasó de tener dos tercios de población rural, a un 70 por ciento de población urbana, mientras que la Violencia desencadenaba nuevamente una ola de migraciones de quienes, por fuerza, miedo o decisión, se dirigían a algunos de los muchos lugares donde un hombre y su esposa podían desbrozar un terreno y cultivar lo suficiente para satisfacer sus necesidades, lejos del gobierno y del poder de los ricos. Nueva industria llegó a Colombia, donde actualmente se fabrican carros franceses y japoneses, camiones norteamericanos y camperos soviéticos. Llegaron nuevos productos básicos, en especial mariguana y cocaína, y llegó asimismo el turismo. Nuevos tipos de riqueza y de influencia socavaron la antigua oligarquía. Desde 1970, varios hombres que no pertenecían a las antiguas dinastías han accedido a la cima de la política colombiana: Misael Pastrana, Julio César Turbay, Belisario Betancur. Las tensiones sociales que anteriormente estallaron en revoluciones espontáneas continúan tan tensas como siempre.

En el campo, explican la continua expansión del movimiento guerrillero hasta 1984, comenzada a mediados de los años 60 por unos pocos grupos comunistas de auto-defensa, desterrados a áreas remotas e inaccesibles, pero que el ejército no logró liquidar. Estos grupos conformaron el núcleo original de los principales movimientos armados de los últimos veinte años, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), pertenecientes al Partido Comunista Colombiano, las cuales, en el momento del armisticio

de 1984, contaban con veintisiete "frentes, o unidades regionales". (El principal comandante político de las FARC, Jacobo Arenas, publicó recientemente *Cese al fuego*, una "historia política" de la guerrilla). Básicamente, constituye un movimiento campesino de colonos. Pues la esencia del "problema agrario" en un país que dispone de enormes extensiones de terreno, no es la falta de tierra. Es para ponerlo en términos simples, la defensa de los derechos de los colonos usurpadores contra los terratenientes, quienes poseen pretensiones legales, igualmente vagas e inciertas sobre la propiedad de vastos territorios subutilizados, pero que detentaban (hasta la llegada de la guerrilla), un mayor poder político y militar.⁵

Las FARC fueron subestimadas durante mucho tiempo por todos los sectores, con excepción del ejército, porque sus miembros operaban en regiones apartadas, y porque los intelectuales ciudadanos no tomaban en serio estos "campesinitos". Nunca dejó de crecer, constituyendo aproximadamente una tercera parte de toda la guerrilla.⁶ Después de 1965, se les unieron otros grupos menores, rivales y hostiles. El Ejército de Liberación Nacional (ELN), inspirado por Cuba, estaba destinado al fracaso al adoptar la lunática teoría propuesta por el Che Guevara y Régis Debray del "foco" —consistente en lanzar, desde fuera, una fuerza guerrillera al interior del país—, teoría que este grupo quiere ejemplificar. El ELN atrajo sacerdotes y estudiantes, pero su inoperancia y su falta de objetivos políticos pronto se hicieron evidentes. Probablemente ha matado a más de sus miembros y exmiembros de lo que jamás ha matado soldados. Virtualmente inerradicable, como todos los movimientos guerrilleros colombianos, se rehusa a firmar todo tipo de tregua y, actualmente, cuenta con pocos simpatizantes; gracias al chantaje al que somete a las

5. La causa típica de la rebelión campesina en otros lugares, la lucha por recuperar terrenos comunales enajenados, se limita en Colombia a antiguas comunidades indígenas, o a las que sobreviven, y conforma un caso especial. El primer alcalde comunista legalmente nombrado en el país (1986), administra Coyaima, un típico resguardo indígena —politizado desde hace largo tiempo por esta razón—.

6. Enrique Santos Calderón, *La guerra por la paz*, p. 108.

4. Alfredo Molano, *Los años del tropel*, pp. 229-230.

compañías petroleras internacionales, cuenta, en cambio, con mucho dinero.

Un grupo disidente del PC., de clase media, conformó el Ejército Maoísta de Liberación Popular (ELP). El último grupo guerrillero y el que ha recibido mayor publicidad, el M-19, se formó en 1974, pretendiendo ser una respuesta al robo de la elección presidencial al General Rojas Pinilla, el ex-dictador, quien hizo un regreso triunfal como el Perón colombiano, o mejor como el neo-Gaitán, atrayendo un vasto sector de población urbana marginada con un programa populista radical que tuvo enorme éxito. Indudablemente, Rojas ganó las elecciones de 1970.⁷ Pero aun cuando los nuevos guerrilleros incluían algunos de los antiguos seguidores de Rojas, realmente se configuró mediante un fenómeno característico de Latinoamérica: los hijos, y algunas hijas, de familias acomodadas, para quienes el Partido Comunista no es lo suficientemente revolucionario.⁸ Sus principales dirigentes habían pertenecido a las FARC. El M-19 habitaba el mundo social de las clases medias altas colombianas, y sus líderes daban por sentadas las técnicas de la publicidad moderna. En este ambiente, los padres no se sorprenden o escandalizan de que los valerosos jóvenes expresen el idealismo natural de la juventud mediante actividades revolucionarias, o demuestren su hombría a través de lo que el ingenio local ha llamado *machismo-leninismo*. Encontrarían natural que la delegación guerrillera que negocia la tregua instalara su centro de operaciones en el Hotel Tequendama (es como si los *Watermen* dieran una conferencia de prensa en el Hotel Plaza de New York). Hasta que demostró su bancarrota política, entre 1984 y 1986, el M-19 gozó de enormes simpatías en este medio.

7. Para lo referente a su éxito en movilizar ciudadanos que se habían negado a votar en todas las otras elecciones, ver, por ejemplo, las entrevistas realizadas a los transeúntes de Bogotá por Patricia Lara (recientemente expulsada de los Estados Unidos) "¿Dónde está el presidente?" *El Tiempo* (Septiembre 21, 1986). Durante el Frente Nacional la participación en las elecciones presidenciales descendió a niveles norteamericanos.

8. Sin embargo, durante un breve período de la tregua, en 1984 y 1985 el M-19 reclutó un número significativo de mujeres —aproximadamente el 30%—, según Laura Restrepo (*Historia de una traición*, p. 233).

La multiplicación de los movimientos guerrilleros fue un signo de frustración. Dado el fermento social del pueblo colombiano, y su potencial para la lucha armada, ¿por qué aparecía tan remota la revolución social? No obstante, aun cuando la guerrilla no constituyera una amenaza real para el sistema —la efímera movilización de las masas urbanas dirigida por el General Rojas había sido mucho más peligrosa— tampoco podía ser eliminada por el (sorprendentemente reducido) ejército colombiano de aproximadamente 60.000 hombres. Parecían hacer parte permanente del paisaje, al que los grupos de hombres armados pertenecían tan naturalmente como los ríos. Pero mientras el ejército y la guerrilla se combatían hasta llegar a un tipo de empate en varias zonas rurales, los problemas sociales y políticos de los que la guerrilla es un síntoma, se tornaban cada vez más explosivos. La única explosión prevista tanto por la guerrilla como por el ejército (alentado por el ejército norteamericano que ha entrenado muchos de sus oficiales) es una revolución comunista. Pero, como lo saben otros colombianos mejor que nadie, hay otras formas más peligrosas —por descentradas y negativas— de explosión social.

Belisario Betancur, presidente entre 1982 y 1986, fue el primer mandatario en reconocer que la solución de los problemas colombianos exigía cambios fundamentales y, como condición para realizarlos, la terminación del endémico e insensato estado de guerra civil incipiente. Se propuso lograr este objetivo en contra de la oposición militante de ambos bandos. Un intelectual católico civilizado, un conservador disidente, apelando deliberadamente al creciente sector de sus compatriotas que ya no se identificaban por consanguinidad con uno de los dos partidos, se propuso inaugurar una nueva era en la historia colombiana. Accedió a una de las cimas de la popularidad política cuando, en 1984, destituyó un ministro militar, pudiendo así firmar una tregua con los principales grupos guerrilleros, exceptuando a los ultras del ELN. Al final de su mandato, sin embargo, la mayoría de sus iniciativas parecían desmoronarse, y su administración naufragaba en sangre.

Todos los grupos guerrilleros, con excepción de las FARC, habían regresa-

do a la lucha; los Estados Unidos habían echado a perder las posibilidades de paz en Centro América; el Frente de Cartagena, que reunía a varios países deudores latinoamericanos —otra de las iniciativas favoritas de Betancur—, no pasó de ser un efímero titular de prensa, mientras que la mafia del narcotráfico asesinaba a su Ministro de Justicia (uno de los cincuenta y siete jueces asesinados en el desempeño de su cargo). La toma del M-19 de la Corte Suprema de Justicia, un golpe publicitario fracasado, culminó con la masacre de cientos de personas, en su mayoría jueces y civiles, desacreditando al ejército, a la guerrilla, y al propio presidente.

Sin embargo, puede ser que, después de todo, Betancur haya inaugurado una nueva era en Colombia. El país, que durante mucho tiempo fue el apoyo más sólido y leal de la política internacional norteamericana, se unió por primera vez a los países no alineados. Virgilio Barco, el nuevo presidente, es un liberal que venció abrumadoramente a su ultraderechista contendiente conservador. Mantiene deliberadamente las políticas de Betancur, aun cuando los conservadores conforman ahora una oposición que no coopera. Las FARC mantienen todavía la tregua, y han cambiado los fusiles por los votos con mayor éxito del que se esperaba, mediante la creación de un partido de izquierda, la unión patriótica (UP). Paradójicamente para un movimiento patrocinado por el partido del proletariado, su fuerza es preeminentemente rural. Probablemente sea el primer partido campesino en la historia de Colombia. (Conversamente, su fuerza en las grandes ciudades es absurdamente baja, aun cuando mayor que en el pasado: 44.000 de los 4 millones de residentes de Bogotá, 34.000 de los 2.5 millones de Medellín). El presidente Barco se encuentra totalmente comprometido en el reconocimiento del nuevo pluralismo político y, especialmente, el derecho de la Unión Patriótica a los cargos estatales y municipales. Según una silenciosa pero explosiva pieza de reforma democrática los alcaldes —actualmente nombrados por los gobernadores departamentales— pronto serán elegidos por votación popular. Esta y otras reformas recientes carecen de dramatismo, pero representan cambios bastante radicales en la política colombiana.

Estos cambios y la incertidumbre sobre el futuro, para no mencionar el período de transición presidencial, han producido un estado de tensión, temor, y sombrías expectativas, estimulado por un incremento inusitado de homicidios políticos y, más preocupante, por su novedad de “desapariciones”. Es imposible determinar si los asesinatos no políticos, poco reportados por la prensa, han aumentado, pero no hay razón para suponer que la industria de la cocaína, que ha sobrepasado hace tiempo el estadio de la competencia (literalmente) asesina necesite de muchas muertes, excepto la de los jueces que puedan aplicar el tratado de extradición firmado en 1979 con los Estados Unidos. Las fronteras salvajes de la libre competencia, tales como la explotación ilícita de las minas de esmeraldas, son más letales —aproximadamente 300 muertos en lo que va de 1986— pero siempre lo son⁹. El sector de auténtico crecimiento es el del terrorismo de derecha.

Este toma la forma de amenazas y de asesinatos de los dirigentes laborales y de los activistas de la UP, quienes, en septiembre de 1986, caían en una proporción de 1 por día —un aparente aumento en los ataques a la izquierda, de la que se dice que perdió aproximadamente 350 personas en los últimos dos años de la presidencia de Betancur. Más siniestros aún son los “desconocidos” escuadrones de la muerte, los cuales, en defensa de la moral y del orden social, realizan correrías durante los fines de semana en ciudades como Cali y Medellín, matando elementos antisociales tales como rateros, prostitutas, o simples mendigos y vagabundos indiscriminadamente. Las cifras de estas masacres para 1986, en Cali (la tercera ciudad de Colombia) hablan por sí mismas: 80 muertes en enero, 82 en febrero, 84 en marzo, 91 en abril, 98 en mayo, 114 en junio, 100 en julio, 102 en agosto, y 79 durante los primeros diez y ocho días de septiembre. (El total para 1985 fue de 763)¹⁰.

La campaña sistemática nacional de asesinatos de dirigentes de izquierda, especialmente de aquellos que detentaban cargos públicos, sugiere alguna coordinación; pero nadie ha podido

presentar evidencia de ella. Por otra parte, nadie duda que los comandantes del ejército local y las fuerzas de policía tengan estrecho contacto con las fuerzas paramilitares y con los escuadrones de la muerte, los cuales cuentan con el apoyo entusiasta de los terratenientes (que incluyen muchos militares en retiro) y de los industriales sin mencionar el tipo de derecha radical que no distingue entre atracadores, bares homosexuales, dirigentes sindicales y la conspiración comunista mundial. Se dice así mismo, principalmente en el ejército, que las guerrillas de ultrazquierda son las responsables de estos ataques.

Quien quiera que sea quien las organice y cuál sea exactamente el número de “desaparecidos” —hasta la fecha, 850 han sido reportados— el hecho central referente a los escuadrones de la muerte y a los grupos paramilitares es que nadie, y menos las personas asociadas con las fuerzas armadas, ha sido arrestado, juzgado, y menos aún, condenado¹². Como lo expresó un joven periodista: “La única coordinación nacional que haya sido claramente establecida, es la decisión de no hacer nada respecto de estos asesinatos”. La extrema precaución con la que incluso valerosos políticos, en un país con una larga tradición de supremacía civil, tratan a las fuerzas armadas, es el síntoma más preocupante del estado actual de Colombia.

¿Por qué habría de darse una violenta reacción derechista? Aparentemente, la situación inmediata no justifica en manera alguna la histeria. Se prevee que la economía crecerá. Los pobres no están más pobres de lo usual, y se enorgullecen de resistir cualquier cosa, habiendo descubierto recientemente el tipo de héroes populares cuya característica es la tenacidad llevada a los límites de lo insostenible, los ciclistas de montaña. Los colombianos,

gracias a la participación de sus héroes en el Tour de Francia, conocen mejor ahora la geografía alpina que la andina.

Desde todo punto de vista, la situación de la guerrilla ha mejorado. Los seis mil o más hombres armados de las FARC mantienen obstinadamente la tregua, a pesar de considerables provocaciones. Invitan libremente periodistas a sus remotos cuarteles generales, con magníficos resultados para la imagen de su endurecido y envejecido comandante, Manuel Marulanda, rodeado de hombres igualmente rudos, cuyos mismos nombres de batalla son reminiscentes de las esperanzas de su juventud: Timochenko, Iván, Fidel Labrador¹³. La derecha se queja de que los medios de comunicación como la televisión, den publicidad a los rebeldes; pero los políticos racionales deben agradecer este cambio de emboscadas por oportunidades fotográficas. En todo caso, el futuro previsible para la U.P., como para los partidos socialistas de los Estados parlamentarios europeos antes de 1914, no es la toma revolucionaria del poder, sino más bien la creación de un partido campesino-laboral radical, provisto de una sólida base en los territorios fronterizos que le permita negociar con los liberales, o con suerte disponer de un balance político a su favor.

Respecto de los mil o más guerrilleros —ningún estimativo llega a los dos mil— que todavía o nuevamente combaten unidos ahora en la denominada Coordinadora Nacional Guerrillera, su bancarrota política ha sido enfatizada por el éxito de las FARC en aprovechar sus oportunidades políticas. Su bancarrota estratégica se evidencia en la ruptura de varios grupos, en la pérdida sufrida por el M-19 de casi todos sus principales dirigentes en recientes golpes desesperados, y en las actividades, estilo cambodiano, del grupo Ri-

9. *El Tiempo* (Septiembre 28, 1986).

10. *El Espectador* (Septiembre 20, 1986).

11. *El Tiempo* (Septiembre 20, 1986).

12. El distinguido periodista Antonio Caballero, escribe sobre los trescientos activistas asesinados de la UP: “ninguno de estos casos ha sido investigado, o si lo ha sido no conocemos los resultados de la investigación. Ninguna persona ha sido detenida. Ni una sola persona ha sido condenada”. (*El Espectador*, Septiembre 28, 1986). El número de soldados convictos por homicidio o asalto en los últimos seis años es de 18 exactamente.

13. Ver, Enrique Santos Calderón, *La guerra por la paz*, p. 303. Es cierto que no todos los frentes de las FARC son igualmente disciplinados. No obstante, los 366 hombres del 11 Frente (Magdalena Medio) constituyen probablemente un caso típico. Un desertor relata que emplean su tiempo 1) chantajeando campesinos y terratenientes para conseguir fondos, 2) castigando narcotraficantes y cuatros, 3) organizando a los campesinos con la esperanza de una futura toma del poder (*El Tiempo*, Septiembre 19, 1986).

cardo Franco, una disidencia estudiantil de las FARC, que masacró a 160 de sus propios miembros —de hecho, la mayoría de ellos—, como traidores e infiltrados de la policía.

Es difícil creer que en 1984 las guerrillas, según encuesta de opinión (inéditas), tenían un 75% de la opinión a su favor y que el M-19 era el grupo consentido de la clase media. Sus principales admiradores se encuentran hoy en día en los pueblos empobrecidos y en los tugurios, donde valerosos niños sueñan con convertirse en héroes. Si hay alguna estrategia detrás de las salvajes arremetidas de la guerrilla en los últimos meses, probablemente sea un intento de provocar la insurrección en aquellas áreas que los militares sólo han podido controlar mediante bombardeos indiscriminados. En el fondo, los proyectos del M-19 siempre fueron los de estimular una situación potencialmente insurreccional, para convertirla en la revolución por medio de alguna operación militar dramática¹⁴. Esto no es más susceptible de ocurrir ahora que cuando el ejército enfrentaba un número 4 veces mayor de guerrilleros. Militarmente, las guerrillas no podían ganar entonces, como tampoco lo pueden hacer hoy día, independientemente, de la satisfacción de haber demostrado que el ejército tampoco podía triunfar.

¿A qué se debe, entonces, el nerviosismo de la derecha? Quizás a la desintegración del sistema partidista y del estado (con excepción del ejército), que ha trasladado nuevamente el centro de gravedad de la capital a la provincia, donde diferentes situaciones locales de tensión no lucen más halagüeñas por estar en calma la situación nacional; y porque quienes actualmente se sienten amenazados no son tanto las antiguas familias oligarcas, que han enfrentado peores retos sin perder la calma, sino los terratenientes medianos, los empresarios, y los políticos en ascenso. Estas personas se sienten abandonadas mientras que la guerrilla, combatiendo o no, permanece armada en las zonas rurales, en tanto

que ellos cruzan los semáforos en rojo, encerrados en sus automóviles, en las desiertas calles nocturnas de Bogotá o de Cali, por temor a ser asesinados si se detienen. Los presidentes de la Cámara de Comercio, de los clubes Kiwanis y de Leones, y la Asociación de Contadores (para citar algunos de quienes firmaron un amargo manifiesto en contra de las FARC en un departamento aledaño);¹⁵ para ellos, los únicos subversivos o antisociales buenos son los muertos, y en Colombia hay muchísimos hombres, e incluso algunas mujeres, dispuestos a matar si el precio es correcto.

Dadas las circunstancias, la opinión más optimista que pueda oírse en Colombia es que las cosas no cambiarán demasiado; las más pesimistas oscilan entre la "Argentinización" del país y su "Salvadorización": militarismo o guerra civil. O quizás, la ampliación de lo que ya viene sucediendo en Cali o Medellín. Un triple o cuádruple caos de violencia, de parte de las fuerzas oficiales, las pandillas de vigilantes, simpatizantes de la guerrilla y criminales comunes. Probablemente las previsiones más sombrías son excesivamente tenebrosas: Colombia ha tenido un largo historial alentador de inmovilidad violenta. Pero el presidente Barco toma posesión en un país claramente preocupado.

¿Dónde, en todo esto, ubican los colombianos el narcotráfico? Depende desde donde se mire. Desde el punto de vista de los campesinos fronterizos, sobre quienes el libro ciertamente más original sobre el tema fue escrito por tres modestos investigadores de la Universidad Nacional,¹⁶ la coca es, en primer lugar, una cosecha especulativa pero incierta, que no tiene competencia en lo relativo a ganancias o al salario que puede obtenerse por recolectarla. Los costos aumentan, principalmente porque los soldados, que nominalmente combaten a las FARC —quienes se desempeñan como gobierno local— elevan continuamente sus exigencias de soborno a alturas cada

vez más andinas y, a principios de la década del 80, cayeron los precios. Afortunadamente para los cultivadores de coca, el gobierno nacional ataca el narcotráfico desde 1984, de manera que el precio ha subido y se ha estabilizado de nuevo. En las áreas fronterizas, el problema de las mafias de la droga no existe, pues quienes se dedican a cualquier negocio en estos lugares, lo hacen en términos aceptables para las autoridades locales. El verdadero problema radica en la desorganización social resultante de toda bonanza en sitios apartados —los niños abandonan las escuelas para ganar sumas inauditas de dinero, como cinco o diez dólares por día; los jóvenes solteros se unen a la fiebre de la coca; para ellos, poblaciones de quinientas chozas alojan cuatrocientas prostitutas, así como todos los tipos de desorden familiar que enfrenta un alguacil de ficción. Quizás el más grave de todos es la erosión de los sencillos valores de los colonos, respetados tanto por ellos como por los guerrilleros. ¿Quién podrá creer de ahora en adelante, que la buena vida consiste en tener una parcela en la selva, un perro de cacería, y un poco de yuca y de plátano?

Vista desde una perspectiva más elevada, la situación del narcotráfico es más alarmante, aun cuando no —hasta ahora— a causa de la adicción que sigue dejando indiferentes a los colombianos. Nadie ha merecido titulares en los periódicos por el hecho de que en los últimos seis meses, la policía bogotana haya confiscado precisamente quinientos gramos de cocaína, tanta como la que se encuentra en este momento en este edificio, o en cualquier oficina de este tamaño—, para citar a un informante de Bogotá. La preocupación real es la corrupción universal difundida por una industria que actualmente suministra a Colombia más ganancias en exportación que el café¹⁷ y, dado que las personas involucradas en ella son tan pocas, produce los hombres más ricos del país. (Puesto que los nuevos dineros y el nuevo arte van juntos, dicen también que sus ofertas han transformado el mercado local de pintura contemporánea). La corrupción

14. Para un útil análisis de lo que solían ser las perspectivas del M-19, ver Eduardo Pizarro, "La guerrilla revolucionaria en Colombia", en *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*. El autor del artículo es hermano de unos de los dirigentes del M-19.

15. "Clima de inseguridad azota el departamento del Huila" (*La República*, Septiembre 25, 1986).

16. Jaime Jaramillo, Leonidas Mora, Fernando Cubides, *Colonización, coca y guerrilla*. Ver especialmente pp. 71-78, 86-89, 110-119.

17. Mario Arango y Jorge Child, *Narcotráfico imperio de la cocaína*, la publicación colombiana mejor informada sobre el tema, que suministra también útiles cifras.

de los jueces, enfrentados al dilema de ser ricos o morir. La corrupción del ejército, que llega hasta el nivel de unos generales, como lo admiten amargamente honestos oficiales, pues nada es más útil para el narcotráfico que el sistema de transporte terrestre y aéreo de las fuerzas armadas. La corrupción, obviamente, de la policía y, menos obviamente, de la guerrilla. Paradójicamente, el único segmento de la vida colombiana que se ha rehusado a admitir los barones de la droga, ha sido la política. Durante la presidencia de Turbay, hubo señas de que los barones de la droga, desesperadamente empeñados en unirse al antiguo orden, intentaban entrar a la política nacional; pero mientras que los candidatos aún toman el dinero donde lo encuentren, representantes conocidos de la droga todavía no son admitidos.

La vida nacional se encuentra tan permeada por esta corrupción, que la legalización de la droga se ha sugerido amplia y seriamente como la única manera de eliminar las superganancias y el incentivo al soborno. Aun cuando este enfoque, en teoría, debiera agradar a los partidarios de la política económica de Reagan, en la práctica está basado en un anti-americanismo generalizado, compartido por los barones de la droga, quienes son tan patrióticos como cualquier colombiano.

Pues, desde su punto de vista, la cocaína es sólo un cultivo más en la historia de producción de los países tropicales,

tal como el azúcar, el tabaco, el café. Exportarla es un negocio como cualquier otro y, en este caso un negocio que existe sólo porque los Estados Unidos insisten en aspirarla y fumarla en cantidades cada vez más astronómicas. El consorcio de los inversionistas de Medellín, considerado en sí mismo y según los principios de Adam Smith, no puede juzgarse a sí mismo más criminal de lo que hubieran hecho los aventureros ingleses y holandeses dedicados al comercio con la India (incluyendo el opio), quienes organizaban su cargamento de manera análoga. Estos comerciantes protestan, con razón, de ser calificados de mafia, pues no guardan similitud alguna con las mafias italianas o italo-americanas, ni estructural, ni sociológicamente.

Básicamente, se trata de un negocio común que ha sido criminalizado—según los colombianos— por unos Estados Unidos incapaces de solucionar sus propios asuntos. En dos ocasiones, en el curso de los últimos dos años, los traficantes más conocidos han ofrecido pagar la deuda externa del país y retirarse del negocio de la cocaína a cambio de amnistía y legitimidad. Algunos de los más grandes negociantes, en todo caso, ya se han retirado del comercio de la droga y se dedican a asegurar los cargamentos. Y si la cocaína fuera tan legal como el café, con el cual, a propósito, tienen conexiones comerciales los narcotraficantes, la próxima generación de agentes no haría fortunas como las de los primeros.

Y de todas maneras—como se escucha a menudo¹⁸—, si los gringos toman tan en serio el peligro de la droga, como dicen hacerlo, por qué no rocean los cultivos de marihuana del condado de Mendocino con paraquat, como lo hacen en la Guajira, y por qué no envían sus tropas a Georgia, como lo hacen en Bolivia? El presidente Barco habló virtualmente en nombre de todos los colombianos, incluyendo a aquellos que abiertamente defienden la política internacional norteamericana, cuando afirmó que bajo ninguna circunstancia concebible admitiría la presencia de las tropas norteamericanas en territorio colombiano.

No obstante la droga no es ciertamente la mayor preocupación de los colombianos. Están muy dispuestos a dejar los aspectos más sórdidos de este tema a novelistas extranjeros, tales como el autor de *The Fruit Palace*, un anticuado resumen de Fleet Street que pretende pasar por una rapsodia de los *Rollins Stones*. Los colombianos tienen cosas más importantes en qué pensar, mientras que el presidente Barco completa sus primeros cien días de gobierno, que en “una odisea a través del bajo mundo de la cocaína en Colombia”. Y si estuviésemos en su lugar haríamos lo mismo.

18. Por ejemplo, en Mario Arango y Jorge Child, *Narcotráfico imperio de la cocaína*.

OBRAS MENCIONADAS EN ESTE ARTICULO

Human Rights in Colombia as President Barco Begins An American Watch Report (Septiembre 1986).

Alfredo Molano. *Los años del tropel: relatos de la violencia*. Fondo Editorial CEREC-CINEP. Bogotá.

Carlos Miguel Ortíz Sarmiento. *Estado y subversión en Colombia: la violencia en el Quindío años 50*. Fondo Editorial CEREC, Bogotá.

Pasado y presente de la Violencia en Colombia, editado por Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda. Fondo Editorial CEREC, Bogotá.

Arturo Alape. *La paz y la violencia: testigos de excepción. Hechos y testimonios sobre 40 años de violencia y paz que vuelven a ser hoy de palpitante actualidad*. Planeta, Bogotá.

Jacobo Arenas. *Cese al fuego: una historia política de las FARC*. Oveja Negra, Bogotá.

Jaime Jaramillo, Leonidas Mora, Fernando Cubides. *Colonización, coca y guerrilla*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Gonzalo Sánchez y Donny Meertens. *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la Violencia en Colombia*. El Ancora, Bogotá.

Enrique Santos Calderón. *La guerra por la paz*. Prólogo de Gabriel García Márquez. Fondo Editorial CEREC, Bogotá.

Laura Restrepo. *Historia de una traición*. Con la asistencia de Camilo González. Plaza y Janés Editores, Bogotá.

Mario Arango y Jorge Child. *Narcotráfico imperio de la cocaína*. Editorial Percepción, Medellín.

Charles Nicholl. *The Fruit Palace*. St. Martin's.

LA MEDICINA EN “EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL COLERA”

Fernando Sánchez Torres

“Era inevitable: el olor de las almendras amargas le recordaba siempre el destino de los amores contrariados”. Así se inicia el más hermoso canto al amor entre provectos, jamás escrito antes. Uno de los personajes de la obra, Jeremiah de Saint-Amour, se despoja de la vida mediante un sahumero de cianuro y la casa donde quedó su cadáver huele toda a eso: a almendras amargas. Al instante se da uno cuenta que el autor del relato, el Nobel Gabriel García Márquez, se asesoró y se documentó muy bien para manejar los asuntos médicos que abundan en la novela.

Los tratadistas Goodman y Gilman en su libro clásico *Las bases farmacológicas de la terapéutica*, edición de 1982, dicen en relación con la intoxicación por cianuro: “el diagnóstico puede ayudarse con el olor característico del cianuro (aceite de almendras amargas)”. Por eso, en concepto del doctor Juvenal Urbino, no era menester hacer la autopsia del suicida pues el olfato permitía deducir cuál había sido la causa de la muerte. Quien tal sentencia pronunciaba era el médico y maestro eminente, catedrático de clínica general, octogenario, con perspectiva de un retiro profesional digno, sordo del oído derecho y erosionada la memoria, es decir, con síntomas claros de padecer la temible enfermedad de la vejez. Precisamente, a juicio del doctor Urbino, Jeremiah de Saint-Amour se suicidó de gerontofobia antes de la senescencia, cuando tenía todavía “la pupila diáfana”. Por no haber existido en el trasfondo de este drama ningún amor contrariado, no se iría a encontrar a la autopsia arena en el corazón del occiso. El *magister* había hablado.

El doctor Urbino desaparece pronto de la novela como personaje de cuerpo presente, viviente, lo cual no obsta para que García Márquez le permita seguir desfilando en el recuerdo para continuar retratándolo. Vestido a lo Pasteur, era epígono de la escuela francesa del siglo décimonono, como que había cursado sus estudios médicos en París. En su recetario estaban el bromuro de potasio como estimulan-

te, contra el reumatismo el salicilato, el cornezuelo de centeno como vasopresor, la belladona para tranquilizar. Las fiebres tercianas las trataba por supuesto, con quinina. Además no desdénaba la farmacopea casera pues acostumbraba el ajeno en infusión para evitar las dispepsias y el ajo para prevenir el desfallecimiento cardíaco. A pesar de su certero ojo clínico, sólo era llamado, tal vez por la edad, a atender pacientes desahuciados, vale decir, *in extremis*, modalidad de ejercicio que él consideraba una especialidad. Aún más, era un especilista a domicilio porque se negaba a atender en su consultorio, quizás en razón a la falta de fuerzas de sus enfermos. Como buen clínico, era un enemigo de la cirugía; el bisturí, en su concepto, era el emblema de la medicina fracasada. Regresaba así a épocas medioevales, cuando se era médico o cirujano, representando aquel al cultor de la noble ciencia y éste al artesano vulgar, prosaico. Por eso fue un médico caro y excluyente, un profesional elitista. Utilizaba, a pesar de lo anacrónico, el viejo coche de caballos, con capota de charol, errajes de bronce y auriga de chistera. Seguramente oyó hablar en París del legendario profesor Dieulafoy, famoso por su sabiduría médica y por la berlina que montaba, arrastrada por un tronco de caballos, digno de la carroza real. Juvenal Urbino se hincaba de rodillas en plena calle cuando pasaba el carruaje del arzobispo. En su vida apenas había dejado de asitir tres domingos a misa. Era, en verdad, un médico piadoso. A no dudarlo, su actitud, más que reverente, haría exclamar al asombrado prelado: “*medicus pius, res miranda*”, palabras éstas pronunciadas por Pío VII al prosternarse ante él Renato Laennec, uno de los grandes de la medicina francesa.

El respetable doctor Urbino leía *La incógnita del hombre*, de Alexis Carrel, y tenía en reserva *La historia de San Michele*, de Axel Munthe, dos libros que todo médico ha leído, o, por lo menos, ha debido leer. Urbino se disponía a cumplir este requisito, no obstante que en vísperas de morir se todavía no habían sido escritos.

García Márquez maneja con conocimiento de causa la temática médica. Queda la certidumbre de que todo le es familiar, pues no sólo conoce de libros sino también de personajes, como Charcot, Trousseau, Adrian Proust. No se contenta con mencionar por su nombre a las vísceras; además les añade un expresivo y exacto calificativo: corazón “insomne”, hígado “misterioso”, páncreas “hermético”... Conoce, otrosí, de enfermedades varias. Directamente del cólera nostra, del debido al *Vibrio cholerae*, habla más bien poco. Más que de la infección intestinal, se ocupa de la enfermedad del alma, el amor, que, en su concepto, presenta los mismos síntomas de aquella: pulso tenue, respiración arenosa, sudores pálidos, sin fiebre ni dolor, pero con un deseo y necesidad urgente de morir. Florentino Ariza, el enfermo grave de amor, exhibía en los inicios, fuera de lo anterior, manifestaciones, estas sí, típicas del cólera: “cagantinas y vómitos verdes, pérdida del sentido de orientación y desmayos repentinos”. Llegado a la edad septuagenaria sentía aún imperiosa necesidad de evacuar ante la inminente presencia de Fermina Daza.

Pero donde se pone de relieve la maestría para abordar los temas médicos es en los pasajes que tienen que ver con el comportamiento humano en la vejez. De mi colega Urbino se sirvió para ello. Que era un prostático, no hay duda: cuando orinaba debía hacerlo sentado pues, de lo contrario, dejaba el borde de la taza mojado por haber perdido la fuerza y la puntería. Ya mencioné que era sordo de un lado, pero también estaba menguado del otro. Cada día dormía menos y la tos le interrumpía el sueño de la madrugada. A la pérdida progresiva de la memoria se sumaban sus juicios envejecidos. Como si fuera un niño, su mujer, Fermina Daza, lo ayudaba a lavarse, a vestirse y a veces hasta a caminar, pues sus pasos eran inciertos. Todo eso corresponde a la arteriosclerosis cerebral o demencia senil evolutiva, descrita por García Márquez con sentido poético y con criterio médico a la vez. Esos signos inequívocos del “óxi-

do final”, como él lo define, pertenecen a lo que en medicina se conoce desde hace tiempo como “la enfermedad de Alzheimer”. Empero, nunca nadie la había presentado con tanta galanura idiomática, ni tampoco nunca nadie la había asociado a esa otra vieja enfermedad que se llama “amor”, que es a la que el autor se refiere en concreto en su admirable novela. La vejez –“un estado indecente que debía impedirse a tiempo”– complicada con el amor –“los síntomas del amor son los mismos del cólera”– sólo podía imaginarla García Márquez y soportarla Florentino Ariza, el personaje creado por él para simbolizar el amor eterno, intemporal, resistente a todos los embates.

La novela *el amor en los tiempos del cólera*, por otra parte, es pródiga en máximas que tocan con la medicina y que tienen un profundo significado humano y filosófico. He aquí algunas muestras: “no hay mejor medicina que un buen diagnóstico”; “la ética se imagina que los médicos somos de palo”; “la mayoría de las enfermedades mortales tenían un olor propio, pero ninguno era tan específico como el de la vejez”; “no le tuvo nunca tanto miedo a la muerte como a la edad infame en que tuviera que ser llevado del brazo de una mujer”; “la gente que uno quiere debería morir con todas sus cosas”; “cada quien es dueño de su propia muerte, y lo único que podemos hacer, llegada la hora, es ayudarlo a morir sin miedo ni dolor”. A propósito, este último pensamiento recoge el criterio actual sobre el derecho a morir dignamente, que viene abriéndose paso. Hans Krebs, Premio Nobel de Medicina y Fisiología, hace algún tiempo decía: “si un enfermo en la fase terminal sufre demasiado, se debería poder acortar su vida y su sufrimiento por un medio indoloro. Personalmente, no tendría ninguna objeción si se aplicara este procedimiento sobre mi persona”. Como vemos, el Nobel de Literatura se identifica con su par en Medicina en un tema que ha suscitado arduos debates en todo el mundo.

En cuestiones de salud pública, como esas de medicina ambiental, también hace alardes afortunados el Maestro García Márquez. La preocupación de Juvenal Urbino por el estado sanitario de la ciudad lo llevó a proponer en el Cabildo que se capacitara la comunidad para que contribuyera a solucio-

nar sus problemas. Abogó, igualmente, por que se recogieran y se incineraran técnicamente las basuras, por que se construyeran alcantarillas cerradas, plazas de mercados y mataderos higiénicos. No queda ninguna duda, pues, que en *El amor en los tiempos del cólera* Gabriel García Márquez, al tiempo que mantiene su categoría de escritor consagrado, se descubre como un sagaz narrador de los asuntos médicos.

Chaucer, Geoffrey (1340-1400)
Poeta Inglés



Grabado en Madera
Ilustración para *Los cuentos de Canterbury* (c.1386)